

El espíritu de nuestro tiempo



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2014

El espíritu de nuestro tiempo

El título del libro de Ortega –“*El tema de nuestro tiempo*”, publicado en 1923- resultó ser premonitorio, si establecemos un vínculo entre su contenido y el momento presente.

El maestro nos aleccionaba en relación a esa simbiosis necesaria que el ser humano contiene dentro de sí: el mundo espiritual y su ser biológico. Ambas polaridades se necesitan, ambas se superponen, ninguna ha de seccionar a su complementaria.

En nuestra actualidad advertimos que el consumismo se ha convertido en el dios de esta cultura, afectando, también ello, al Conocimiento, transformado en otro bien inmediato.

Aunque sabemos que la Cultura –*espiritualidad, creencias, saberes, conductas, habilidades*- es anterior al Conocimiento –*información, intelectualidad, experiencia*- éste es hoy indispensable, prioritario y preferente en nuestra selección espontánea: preferimos acumular a razonar, aglutinar a comprender, formas a fondos.

Sí, en el momento que vivimos, la nueva cultura es, mayoritariamente, insustancial, pasajera y superficial.

La influencia que en el pasado tuvieron los pensadores, ha dado paso al consejo de las vanguardias, ésas que, ocasionalmente, aspiran a llenar: espacios vacíos, huecos existenciales o, como apuntaban los ilustrados, el temido *ennui*: un verdadero letargo ante el hecho del existir que ya denunciara Voltaire en tiempos de la Razón, un hartazgo que atenazaba el día a día de la nobleza cortesana.

También en Budô se advierte el éxtasis por el consumo y un triste desplazamiento de su Ser Cultural frente a ese acopio infinito que significa el conocimiento sin límites, relegando aquel, con mayor frecuencia, a un terreno secundario, cuando no a la inexistencia; es este un hecho que podemos constatar con relativa facilidad, si nos atrevemos a preguntar acerca de las preferencias, intereses y razones que sostienen los estudiantes de Artes Marciales para dar continuidad a su relación con el Budô que han elegido.

Sí. Es hora de volver a la Cultura del Budô y, con ella, regresar a su Alta Interpretación: Espiritualidad, Creencia, Saber, Conducta y Habilidades.

La conquista de la Expresividad

Todas las formas de Arte han evolucionado a partir de manifestaciones anteriores; estas influencias se han sucedido desde los albores de la Humanidad a nuestros días. Pinturas esquemáticas dieron paso al Arte Paleolítico; la lúgubre penumbra atesorada en la piedra del Románico dio lugar a la luz de las catedrales Góticas y, con ellas, a la manifestación de otros espacios: esos gigantes verticales capaces de agrandar el espíritu humano.

En la Grecia del siglo V a. C. los contemporáneos del genio de Pericles tuvieron la inteligencia de consolidar el Arte Egipcio, elevándolo más tarde a cotas mayores de Equilibrio, Expresividad y Movimiento.

Praxíteles, uno de aquellos visionarios, supo dar alas a su Imaginación, abriendo su escultura a horizontes nunca antes hollados. Había nacido la expresión del movimiento, el cuerpo humano descubría toda su potencialidad. El artista se convertía en transmisor de todo un Universo: aquel que situaría la figura humana en el centro de sus intereses. No obstante, el rostro de las obras que salían de los talleres del maestro y sus contemporáneos, no abandonarían su fría serenidad aún en los momentos de máxima tensión, como puede observarse en *El Discóbolo* de Mirón, otro de los puntales artísticos de aquel momento crucial.

Sería a partir del siglo IV cuando el Arte Griego decidiera romper semejantes barreras, mostrando en sus obras la Pasión, el Sentimiento, el Dolor y el Sufrimiento que la Vida exige a quien la vive y disfruta, fracturando así, definitivamente, una idea original: aquella que sostenía en la escultura un rostro inalterable, a pesar enfrentarse a un movimiento casi imposible. La Emoción daba un paso adelante, haciéndose evidente en la nueva Expresividad de las obras de Arte. Lisipo puede considerarse un buen ejemplo.

En ocasiones también puede observarse una falta de Expresividad en la práctica del Arte Marcial. Verdaderas obras de Arte, como el Aikidô, pueden ser una muestra de ello cuando el ejecutor disfraya el contenido del

movimiento, alejándolo de la pasión, mostrando un dinamismo menor, enfriando la relación con quien le acompaña, eliminando de su semblante cualquier atisbo de Expresividad: esas señales que dibujan en el rostro del practicante: el esfuerzo, la potencia, la velocidad, el equilibrio o la dificultad, cuando éste tiene el firme propósito de acometer una técnica con rigurosidad.

En mi opinión, la facilidad que se muestra en algunas ejecuciones técnicas de Aikido está alejada de la Realidad. Esta realidad a la que aludo -no relacionada con la practicidad- ha de estar dirigida desde una total Diligencia, un principio que nos exige: Atención, Entrega y Esmero, cualidades todas que nos conectan de nuevo a la Expresividad.

Aprendizaje selectivo

En una de sus obras de divulgación científica, Eduardo Punset aborda el tema de la atención selectiva.

A fin de demostrar que los Seres Humanos vemos sólo aquello que queremos ver -olvidando muchas veces lo inesperado- el escritor nos ilustra a través de un experimento muy significativo protagonizado por un equipo de baloncesto. En este episodio se pide a la audiencia que contabilice el número de ocasiones en las que los deportistas se intercambian el balón.

Hasta ahí, todo es perfectamente normal y, a la vez, sencillo. No obstante, se introduce, inesperadamente, una variable: otro deportista, disfrazado de gorila, se pasea por el escenario, tratando así de distorsionar la atención del público. El resultado obtenido fue sorprendente: nadie advirtió la presencia del gorila.

Creo que, también los budokas, fundamentamos nuestro estudio en la experiencia sumada a través, siempre, de la atención selectiva. Opino, además, que esta selectividad puede ser una limitación, en relación al Hecho del Aprender sobre nuestro Arte Marcial como una Unidad, convirtiéndose, entonces, en una profunda barrera, en un obstáculo capaz de separarnos de una de las variables del Aprendizaje, tan considerable, como es la Curiosidad y, tras ella, de la Emoción.

Este otro fundamento del Conocimiento, que aquí apunto, no es racional ni científico, sino profundamente Humano y Sensitivo.